

MARÍA MAGDALENA: UN MODELO PARA UNA EVANGELIZACIÓN EFICAZ

RAQUEL BULMAN

21 DE JULIO DE 2023

La fiesta de Santa María Magdalena, el 22 de julio, ha figurado en el calendario romano sólo durante unos pocos años, pero inmediatamente se hizo popular entre muchos católicos que han comprendido desde hace mucho tiempo su amplio y valioso ejemplo espiritual.

El papa Francisco elevó su celebración a festividad el 3 de junio de 2016, que también coincidió con la festividad del Sagrado Corazón de Jesús. En Occidente, desde Gregorio Magno, la tradición eclesial ha identificado a María Magdalena como la misma mujer que ungió los pies de Jesús con aceite de alabastro y hermana de Lázaro y Marta. Representada a menudo con una larga cabellera ondulante, aferrada a una cruz o sosteniendo un nardo con aceite, esta María se ha caracterizado por su servicio, redención, evangelización y, en definitiva, por ser un testigo singular del Misterio Pascual.

La primera mención de María Magdalena suele pasarse por alto. En Lucas 8:1-3, el escritor señala que los doce discípulos estaban con Jesús: «María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Chuza, mayordomo de Herodes; Susana; y muchas otras que les ayudaban con sus bienes».

Estos tres versículos de Lucas suelen pasarse por alto, pero no deberían. Lo primero que hay que destacar es que las mujeres formaban parte del círculo íntimo de Jesús. Esto era bastante radical para la época, ya que los primeros documentos rabínicos advertían contra cualquier tipo de comunicación con las mujeres. (Piense en la reacción en Juan 4:27 cuando los discípulos regresaron y encontraron a Jesús hablando con la samaritana junto al pozo). Las mujeres no solo eran una parte importante del ministerio, sino que también sostenían y cuidaban de los discípulos. Algunas traducciones dicen que les ministraban.

Cuando se reconoce a las mujeres que acompañaban a Jesús, solo se identifica directamente a tres de ellas: una solo por su nombre, otra por su relación conyugal y María Magdalena por la aflicción de la que Cristo la libró. ¿Por qué identificar a alguien por su aflicción? Como sucede con todos nosotros, a mayor aflicción, mayor liberación. No pude evitar mencionar el término «siete demonios»: «la misma cantidad que dones tiene el Espíritu Santo para dar». (Tres mujeres y el Señor , Adrienne von Speyr).

Ella estaba dispuesta a regalarlo todo.

María Magdalena aparece más tarde en las Escrituras en casa de Simón de Betania cuando interrumpió la cena para ungir los pies de Jesús con nardo caro. Esta interrupción ilustra la orientación correcta de nuestros corazones, hombres y mujeres. En los relatos evangélicos, Mateo, Marcos y Lucas recuerdan que Jesús habló de la unción como preparación para la sepultura. Es como decir que María ya se estaba preparando para el Misterio Pascual. Su liberación de la posesión y el gran amor que sentía se reflejan claramente en el Evangelio de Lucas: «Sus muchos

pecados le han sido perdonados; por eso ha mostrado un gran amor» (Lucas 7:47). No fue la unción lo que liberó a María. Ella ya había sido perdonada. La unción fue la manifestación natural del amor que ya había experimentado.

Estaba dispuesta a entregarlo todo.

Esta no es la única vez que se encuentra a los pies de Jesús. Desde el momento de su salvación, María Magdalena se colocó allí, siguiéndolo durante sus tres años de ministerio, escuchándolo mientras Marta se distraía con sus tareas (Lucas 10:38-42), llorando cuando murió su hermano Lázaro (Juan 11:33) e inclinándose para mirar dentro del sepulcro (Juan 20:11). Su postura hacia Cristo es siempre la misma: buscándolo, amándolo y encontrándolo, porque él siempre está cerca de ella, como lo está de ti y de mí. Es en esta humilde postura que Magdalena puede ver con los ojos y el corazón lo que muchos no pudieron ver: que solo se necesita una cosa, y esa única cosa es una vida completamente centrada en Jesucristo .

María Magdalena también nos enseña el gran precio de una vida centrada en Cristo. Cuando nuestros corazones están puestos en Jesús, las cosas que antes tenían tanto valor en este mundo pierden rápidamente su brillo bajo el peso de su mirada. Deseamos ser entregados, avergonzarnos por él, ser despreciados por él, entregarlo todo en su servicio. Esta vida de entrega nos lleva inevitablemente a la cruz.

Los cuatro Evangelios mencionan a las mujeres que estaban lejos de la cruz, incluyendo a María, la madre de Jesús, y a María Magdalena. Una vida de verdadera evangelización siempre nos acerca al sufrimiento y, a medida que nos acercamos a la cruz, la multitud a nuestro alrededor se dispersa y disminuye. Es fácil seguir adelante en medio de la alegría y el júbilo de los milagros, las luces brillantes, la fama y la notoriedad; pero el camino se vuelve agotador y la compañía se reduce cuando la vida de fe comienza a incluir el sufrimiento, la carga de llevar una cruz e, inevitablemente, la muerte del yo.

Pero María Magdalena sabía todo esto. Ya había entregado lo más valioso que poseía: no el aceite de alabastro, sino toda su vida y su amor, hasta su misma esencia. Lo siguió hasta su muerte y fue encontrada llorando a la entrada de su tumba. Ella es una guía confiable para el resto de nosotros.

En el Evangelio de Juan, el Señor resucitado le pregunta a María por qué llora, y en ese momento, ella piensa que él es el jardinero. La gran ironía de esto es que Jesús es en realidad el jardinero. Él es el gran jardinero que regresa a la tierra para poner orden en lo que estaba desordenado en el primer jardín. Siembra las semillas de la redención en el corazón de María Magdalena, diciéndole que no se aferre a él, sino que vaya y anuncie a todos su regreso.

En muchos sentidos, ella es el modelo para la formación de grandes evangelizadores, pues un evangelista debe vivir de tal manera que el Evangelio se predique cueste lo que cueste. Vivir una vida de completa entrega y de total Cristocentrismo nos costará todo lo que el mundo nos ofrece, pero inevitablemente nos conducirá una y otra vez al mismo jardín de la Resurrección.

Nos uniremos a María Magdalena, la Apóstol de los Apóstoles, en el cántico de redención que ella inspiró, compuesto de tan solo cinco palabras. Cinco palabras que transformaron la oscuridad de la muerte en luz redentora y que deberían resonar al comienzo de cada historia de salvación: «¡ He visto al Señor! » (Juan 20:18).

Santa María Magdalena, ¡rueda por nosotros !